



07 de julio de 2024

HOMILÍA
XIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
Ciclo B

Ez 2, 2-5; 2 Cor 12, 7-10; Mc 6, 1-6.

“Todos honran a un profeta menos los de su tierra” (Mc 6, 4).

In laak'e'ex ka t'ane'ex ich maaya, kin tsikike'ex yéetel kimak óolal. Ti le evangelio bejlae' Jesuse ku suut tu kajal Nazaret, utial u kansaj ichil u láak'o'ob, le lo'oba u k'ajolo'ob Jesús tak tu chichanil. Ba'ale letiobe má tu oksaj oltiko'ob u t'aan. Bey xan to'on talam k-ilik utsil ti le maxo'ob yaan tek bak' pacho. Jajal Diose ku t'aaniko'on yéetel le maxo'ob yano'ob tek tselo.

Muy queridos hermanos y hermanas, les saludo con el afecto de siempre y les deseo todo bien en el Señor en este décimo cuarto domingo del Tiempo Ordinario.

Ya que ha pasado el huracán Beryl, debemos dar gracias a Dios por el saldo blanco en nuestra Península, así como por la civilidad de todos al aceptar las indicaciones de nuestras autoridades y tomar las precauciones debidas. Estemos atentos para conocer las necesidades que pasan algunos hermanos ofreciéndoles nuestra ayuda fraterna.

La palabra profeta significa literalmente “el que habla en nombre de otro”, pero siempre se aplica a los hombres y mujeres que hablan en nombre de Dios. En Israel ser profeta era una profesión por la que éstos recibían un salario de parte de las autoridades; sin embargo, había también aquellos que no profetizaban para ganar un salario, ni mucho menos para agrandar con su predicación a las autoridades del pueblo.

En la primera lectura tenemos el caso del profeta Ezequiel. Se trata del momento en el que el profeta tiene un encuentro con el Señor, quien lo envía a predicar, pero le advierte que el pueblo al que lo envía es un pueblo rebelde. Por

eso le dice: “Y ellos, te escuchen o no, porque son una raza rebelde, sabrán que hay un profeta en medio de ellos” (Ez 2, 5).

A Ezequiel, al igual que a los demás profetas por vocación, así como al mismo Cristo, les quedan las palabras del Salmo 122, que hemos proclamado: “Ten piedad de nosotros, ten piedad, porque estamos, Señor, hartos de injurias; saturados estamos de desprecios, de insolencias y burlas”. No ser bien recibido en tu propio pueblo fue para Jesús una verdadera injuria, un verdadero desprecio.

Jesús es el Profeta por excelencia, pues viene con la autoridad de Hijo del Padre, a transmitir lo que él mismo atestiguó junto al Padre. Él es la Palabra hecha carne, que conmueve con su predicación a cuantos le escuchan. El evangelio de hoy nos narra la ocasión en la que Jesús, después de haber iniciado su ministerio público, de ser seguido por multitudes y de haber obrado milagros, llega a su propia ciudad de Nazaret, donde se había criado, para predicar ahí, entre sus familiares, amigos y vecinos. Cuanta ilusión habría en el corazón de Jesús al llegar a predicar en la sinagoga de su pueblo.

Llegó ahí junto con sus discípulos, y fue hasta el sábado, estando reunida la población en la sinagoga, cuando Jesús predicó a sus paisanos. Éstos quedaron asombrados, pero se llenaron de inquietudes al pensar en el origen de Jesús, pues si lo conocían bien a él y a sus familiares, decía entonces la gente: “¿Dónde aprendió este hombre tantas cosas? ¿De dónde le viene esa sabiduría y ese poder para hacer milagros?” (Mc 6, 2).

Al darse cuenta Jesús de los comentarios de la gente se sintió decepcionado por su incredulidad, diciendo una frase que ha trascendido y se usa en varios espacios, no solamente en el religioso. Dijo: “Todos honran a un profeta, menos los de su tierra, sus parientes y los de su casa” (Mc 6, 4). Dice el texto que ahí no pudo obrar ningún milagro. Alguien podría pensar que los hubiera podido “apantallar” con algunos milagros, pero Jesús no malgasta sus milagros, obrándolos sólo en la gente que tuviera fe en él. De todos modos, curó a algunos enfermos imponiéndoles las manos.

La verdadera fe nunca puede ser obligada, no existen argumentos para convencer a un incrédulo. Muchos han visto milagros y no los han reconocido como tales, sino que les buscan argumentos supuestamente lógicos para explicarlos. En cambio, un creyente no necesita de los milagros para creer.

Debe haber sido muy doloroso para Jesús que su propia gente no creyera en él, pues dice el texto que: “Estaba extrañado de la incredulidad de aquella gente” (Mc 6, 6). ¿Que dirá Jesús de la gente de nuestro tiempo, que se ha alejado de Dios para creer solamente en lo que se puede medir y cuantificar, así como lo que la pobre ciencia alcanza a explicar?

De todos modos, no nos toca criticar ni juzgar a quienes no creen, sino más bien cuestionarnos a nosotros mismos sobre qué nos falta a los creyentes en Dios para convencer con nuestra forma de vivir, así como para traer a Cristo a tantas personas que nos rodean. También podemos pensar qué tanto me ha faltado creer en la obra buena que Dios ha realizado en algunas personas que conozco desde hace mucho tiempo.

En la segunda lectura de hoy, san Pablo, en su Segunda Carta a los Corintios, nos ofrece un doble testimonio de sí mismo. En primer lugar, él ha tenido revelaciones sublimes, es decir, que ha podido conocer grandes misterios de Dios en sus oraciones en forma de contemplación. Esto le ha ocurrido a muchos santos y santas en la historia de la Iglesia. El otro testimonio es que nuestro Señor la ha permitido vivir experiencias de gran sufrimiento. Él habla de una espina clavada en su carne, sin especificar de cual enfermedad se trata, y aunque ha pedido ser liberado de ese sufrimiento, ha continuado con éste. Ante ello, la respuesta de Dios sólo fue ésta: “Te basta mi gracia, porque mi poder se manifiesta en la debilidad” (2 Cor 12, 9). Así, el Apóstol explica que la enfermedad le sirve para no llenarse de soberbia ante las revelaciones que alcanza.

Una vez más comprueba con su propia experiencia lo que él mismo dice en su Carta a los Romanos: “Todo contribuye al bien en aquellos que aman a Dios” (Rm 8, 28). Esto es lo contrario del pensamiento del mundo, que procura el éxito a toda costa. San Pablo dice que vive contento en medio de todas sus “debilidades, los insultos, las necesidades, las persecuciones y las dificultades que sufro por Cristo” (2 Cor 12, 10), y que entre más débil se siente, en realidad es más fuerte.

Otra vez la Palabra de Dios nos recuerda que las enfermedades no son castigos del Señor, incluso que hasta las personas más santas pueden padecer las peores y más molestas enfermedades. Hoy por hoy, circulan en las redes sociales testimonios de personas con capacidades diferentes que se han superado incluso logrando hacer cosas que las personas “normales” no hemos aprendido a hacer, como nadar, escribir un libro o dar una conferencia. Algunos

de ellos están privados de brazos y piernas, algunos son ciegos o tienen otras limitaciones o capacidades diferentes.

Si nos acercamos al Señor en medio de nuestras angustias, aún en el momento que parece que ya no podemos soportar más, podremos escuchar en nuestro corazón el consuelo de Dios que nos dice como a san Pablo: “Te basta mi gracia”.

Que tengan todos una feliz semana. ¡Sea alabado Jesucristo!

+ Gustavo Rodríguez Vega
Arzobispo de Yucatán